

veneciones; porque no habia tenido tiempo para tomar nada en casa; y aun Ciceron era bien poco lo que consigo llevaba. Parecióles pues que seria lo mejor apresurar Ciceron su fuga, y que Quinto se volviese para proveerse en casa, de lo necesario. Así se determinó; y abrazándose uno á otro, entre sollozos y lamentos se despidieron; y Quinto, denunciado vilmente de allí á pocos dias por sus esclavos á los matadores, recibió de estos la muerte, y con él su hijo. Ciceron, conducido á Astur, y encontrando allí un barco, subió en él al punto, y á vela navegó hasta Circeyos. Allí, queriendo los pilotos hacerse otra vez al mar, ó por temor de la navegacion, ó por no haber perdido enteramente la confianza en César, saltó en tierra y anduvo por ella cien estadios, encaminándose á Roma; pero con nuevas dudas mudó de propósito, y se dirigió otra vez hácia el mar. Cogióle la noche, y la pasó en las mayores dudas y aflicciones sin saber qué partido tomar: tanto que llegó á resolver introducirse secretamente en casa de César, y dándose á si mismo muerte ante el ara, concitar contra él la ira de los Dioses; pero le retrajo de esta idea el temor de los tormentos, si por accidente le echasen mano. Ocurriéronle otros muchos pensamientos, mudando de dictámen á cada punto, y por fin volvió á ponerse en manos de sus esclavos para que por mar le llevasen á Cayeta, donde tenia posesiones y un asilo excelente en el estío, cuando los vientos etesias soplan dulcemente; habiendo en aquel mismo sitio un templete de Apolo sobre el mar. Levantáronse de este muchos cuervos, que graznando se dirigieron al barco de Ciceron cuando le impelían á tierra con los remos; y colocándose en la antena de una y otra parte, unos graznaban, y otros picoteaban los cabos de las maromas: señal que á todos pareció funesta. Saltó pues en tierra Ciceron, y marchando á la quinta se acostó para descansar. Muchos de los cuervos se pasaron en la ventana graznando desconcertadamente; y uno de ellos, bajándose al lecho donde Ciceron reposaba con la cabeza cubierta, le desatapó la cara, retirando suavemente la ropa con el pico. Los esclavos que esto vieron tuvieron á menos el ser tranquilos espectadores de la muerte de su se-

ñor, y que una fiera le diera auxilio, y cuidara de él cuando injustamente era maltratado, y ellos no hiciesen nada para salvarle; por lo que ya rogándole, y ya poniéndole por fuerza en la litera, volvieron á conducirlo hácia el mar.

Llegaron en esto los matadores, que eran el centurion Herenio y el tribuno Popilio, á quien habia defendido Ciceron en causa de parricidio, trayendo consigo algunos ministros. Como hubiesen encontrado cerradas las puertas, las quebrantaron; y no encontrando á Ciceron, ni dándole noticia ninguna de él los que allí habian quedado, se refiere que un mozueto, educado por Ciceron en las letras y ciencias liberales, y que era liberto de su hermano Quinto, llamado Filologo, dijo al tribuno que la litera marchaba por las calles sobreadas con árboles hácia el mar; con lo que el tribuno dió á correr á tomar la salida; pero sintiendo á este tiempo Ciceron que Herenio se acercaba corriendo por el camino que llevaba, mandó á los esclavos que parasen allí la litera. Entonces llevándose, como lo tenia de costumbre, la mano izquierda á la barba, miró de hito en hito á los matadores, teniendo el cabello crecido y desgredado, y muy demudado el semblante con la demasiada agitacion y angustia, de manera que los mas se cubrieron el rostro al ir Herenio á darle el golpe fatal; y se le dió habiendo alargado el mismo Ciceron el cuello desde la litera. Tenia entonces la edad de sesenta y cuatro años. Cortóle por orden de Antonio la cabeza y las manos con que habia escrito las Filípicas: porque Ciceron intituló Filípicas las oraciones que escribió contra Antonio; y hasta el dia de hoy aquellas oraciones conservan este nombre.

Cuando estos miembros fueron traídos á Roma, se hallaba Antonio celebrando los comicios consulares, y al oír la relacion y verlos, exclamó: ¡Ahora que no haya mas proscripciones! y la cabeza y las manos las hizo poner sobre lo que formaba barandilla en la tribuna: ¡espectáculo terrible para los Romanos! en el que no tanto era el rostro de Ciceron lo que veían, como la imagen del ánimo de Antonio; el cual tuvo sin embargo en estos sucesos un sentimiento laudable, que fue el de haber hecho entregá del liberto Filologo á Pom-

ponia, mujer de Quinto. Esta, luego que le tuvo en su poder, ademas de otros castigos con que le atormentó, le fue cortando poco á poco las carnes, las asó, y se las hizo comer : porque así es como lo refieren algunos historiadores; aunque el liberto del mismo Ciceron Tiron ni memoria siquiera hace de la traicion de Filologo. Se me ha asegurado que algun tiempo despues, entrando César en la habitación de uno de sus nietos, lo encontró con un libro de Ciceron en la mano, y que asustado trató de ocultarle debajo de la ropa; que advertido esto por César, le tomó, y habiendo leído en pie una gran parte de él, se le volvió á aquel jóven, diciéndole : Varon docto, hijo mio, varon docto, y muy amante de su patria. Poco mas adelante venció César á Antonio, y siendo cónsul, nombró por su colega al hijo de Ciceron; en cuyo consulado hizo el Senado quitar las estatuas de Antonio, anuló todos los honores que se le habian concedido, y decretó que en adelante ninguno de la familia de los Antonios pudiera tener el nombre de Marco. Por este medio parece que una superior providencia reservó para la casa de Ciceron el fin del castigo de Antonio.

COMPARACION DE DEMOSTENES Y CICERON.

Acerca de Demóstenes y Ciceron lo que dejamos escrito es cuanto ha llegado á nuestro conocimiento que sea digno de memoria, y aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparacion de la facultad de decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes cuanto talento tuvo, recibido de la naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria : llegando á exceder en energía y vehemencia á todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro; en gravedad y decoro á los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte á todos los sofistas. Mas Ciceron, hombre muy instruido, y que á fuerza de estudio sobresalió en toda clase de estilos, no solo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la

escuela académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro se ve claro su deseo de ostentar erudicion. Pueden tambien deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones : porque Demóstenes, apirando á la vehemencia y á la gravedad, fuera de toda brillantez y lejos de chistes, no olia al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de beber mucha agua; de poner sumo trabajo, y de austeridad y acrimonia en su conducta; y Ciceron, inclinado á ser gracioso y decidir hasta hacerse juglar, usando muchas veces de ironia en los negocios que pedian diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender á otra cosa que á sacar partido con ellos, solia desentenderse del decoro : como en la defensa de Celio, en la que dijo : « No ser extraño que entre tanta opulencia y lujo se entregara á los placeres : porque no participar de lo que se tiene á la mano es una locura; especialmente cuando filósofos muy afamados ponen la felicidad en el placer. » Dícese que acusando Caton á Murena, le defendió Ciceron siendo cónsul; que por mortificar á Caton, satirizó largamente la secta estoica, á causa de sus proposiciones sentenciosas, llamadas paradojas, causando esto gran risa en el auditorio, y aun en los jueces; y que Caton sonriéndose dijo sin alterarse á los circunstantes : ¡ Qué ridículo cónsul tenemos, ciudadanos! Parece que Ciceron era naturalmente formado para las burlas y los chistes, y que su semblante mismo era festivo y risueño; cuando en el de Demóstenes estaba pintada siempre la severidad y la meditación; á las que entregado una vez, no le fue ya dado mudar : por lo que sus enemigos, como dice él mismo, le llamaban molesto é intratable.

Tambien se ve en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tiento y sin fastidio, y solo cuando podia convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido amor propio de Ciceron de hablar siempre de sí mismo descubre una insaciable ansia de gloria : como cuando dijo :

Cedan las armas á la docta toga,
Y el laurel triunfal á la elocuencia.